

la influencia de los primeros efluvios marinos, alcanza un nuevo grado de benignidad.

El episodio marítimo que acabamos de recordar no destruyó la disposición general de la estructura de la Cuenca parisiense: los pisos inferiores de la greda reaparecen puntualmente en la superficie, traídos a la ladera occidental por el orden cronológico de las capas. La greda se presenta aquí bajo un aspecto particular que contribuye poderosamente a la originalidad de la Turena: es una roca micácea, de grano notablemente fino, bastante blanda para poder ser labrada y suficientemente dura para formar escarpes, que pone en el paisaje una nota característica. Estas blancas paredes aparecen por vez primera algo más abajo de Blois; en el Loir se las ve hacia Vendome; en Saint-Aignan cercan el amplio valle del Cher; en Palluau forman eminencia encima de la llanura que el Indre ha abierto en las arenas, y en todas partes los ojos las acogen con gusto, si no por sus formas, que se mantienen algo monótonas, a lo menos por su brillantez al ser heridas por el sol y por la vegetación fina y espesa que crece en sus intersticios, adorna sus bases y a veces se moja y flota a sus pies en las aguas de un límpido río.

Es un hecho muy poco frecuente que en una región no pueda señalarse una zona especialmente animada por la presencia y por la actividad del hombre: en Turena y en los territorios limítrofes del Anjou y del Poitou, la greda es evidentemente la zona de predilección, la que traza la línea de cristalización de los establecimientos humanos. Al abrigo de estas rocas, en sus rampas ó en sus taludes se han acostumbrado los hombres a su ocupación favorita, el cultivo de la viña y de los árboles frutales. Estas rocas son espaldares naturales, y sobre todo cuando miran al Sur, su sequedad es bastante grande para que seres humanos puedan elegir impunemente en ellas domicilio. Los lugares de Troo y de las Rocas en el Loira, de Vouvray cerca de Tours y de Bleré en el Cher, son dignos, entre otros muchos, de celebridad por la supervivencia de habitaciones trogloditas. A menudo obsérvase cierta coquetería en el modo de estar practicadas estas excavaciones ó en la disposición de los emparrados ó de las clemátides que las adornan. El habitante humano, al abandonar la roca, no se ha alejado de ella; por esto casi todas las ciudades y la mayoría de los burgos importantes de la Turena se levantan muy cerca de esas rampas gredosas y en esta disposición se extienden los poblados en fila interminable desde Montsoreau hasta Saumur. A veces por encima del grupo de blancas casas se yergue un castillo ó una ruina que, asentado entre el valle y las mesetas forestales, vigila el horizonte: en Amboise como en Lavardín del Loir, en Saint-Aignan del Cher, en Loches ó en Chinón, distínguese desde lejos su masa. Más allá, en los páramos ó en los bosques abundantes en caza, comienza otra vida.

El valle es, sin embargo, bastante ancho en muchos sitios para desarrollar una vida propia; tal sucede en la confluencia del Cher y sobre todo en la del Vienne. Los aluviones combinados del Cher y del Loira han formado arriba y debajo de Tours el país de los *Varennes* por excelencia: estas arenas fangosas son de una maravillosa fertilidad, con tal que se sanee, deseque y encauce el suelo del valle, obra esta progresiva y larga.

El mismo trabajo se realizó en el magnífico valle de 70 kilómetros de longitud por 14 de anchura que se abre después de la confluencia del Vienne: también allí fué preciso conquistar las tierras á las aguas, pantanos, brazos muertos, balsas y ramificaciones de los ríos, y poco á poco de las apretadas hileras de viviendas que se alzaban en las laderas gredosas se destacó un enjambre de casitas que se diseminaron por el valle, dispersándose en lugarejos ó calles entre los campos, á lo largo de los caminos que han hecho practicable la comarca y hasta en las alamedas del río. No se encuentra allí la menor concentración y frecuentemente las casas no son más que *bouques*, es decir, chozas de construcción rudimentaria, como cosas que no merecen mayores cuidados estando como están siempre amenazadas por el río.

Un proverbio de esta comarca, tan rica en dichos populares, describe Chinón en estos términos:

*Assise sur pierre ancienne,
En haut le bois, en bas la Vienne (1).*

El bosque cubría en otro tiempo la mayoría de las mesetas entre las cuales se insintían estos valles; pero en la actualidad sólo cubre una parte de las mismas. La diferencia de nivel no pasa de un centenar de metros y á menudo no llega á tanto; pero la superficie está constituida por las tierras áridas de arcilla silicosa, y sabida es la pobreza de éstas. La vasta Gatine, que se extiende al Norte de Langeais hasta Chateaufort, no comenzó á ser roturada hasta el siglo XI. Al Sur, las mesetas son menos ingratas; cruzadas por antiguas vías, las calizas ó margas de conchas fósiles situadas en su centro han proporcionado los elementos de un precoz cultivo; sin embargo, su periferia está aún ocupada en gran parte por brezos ó bosques.

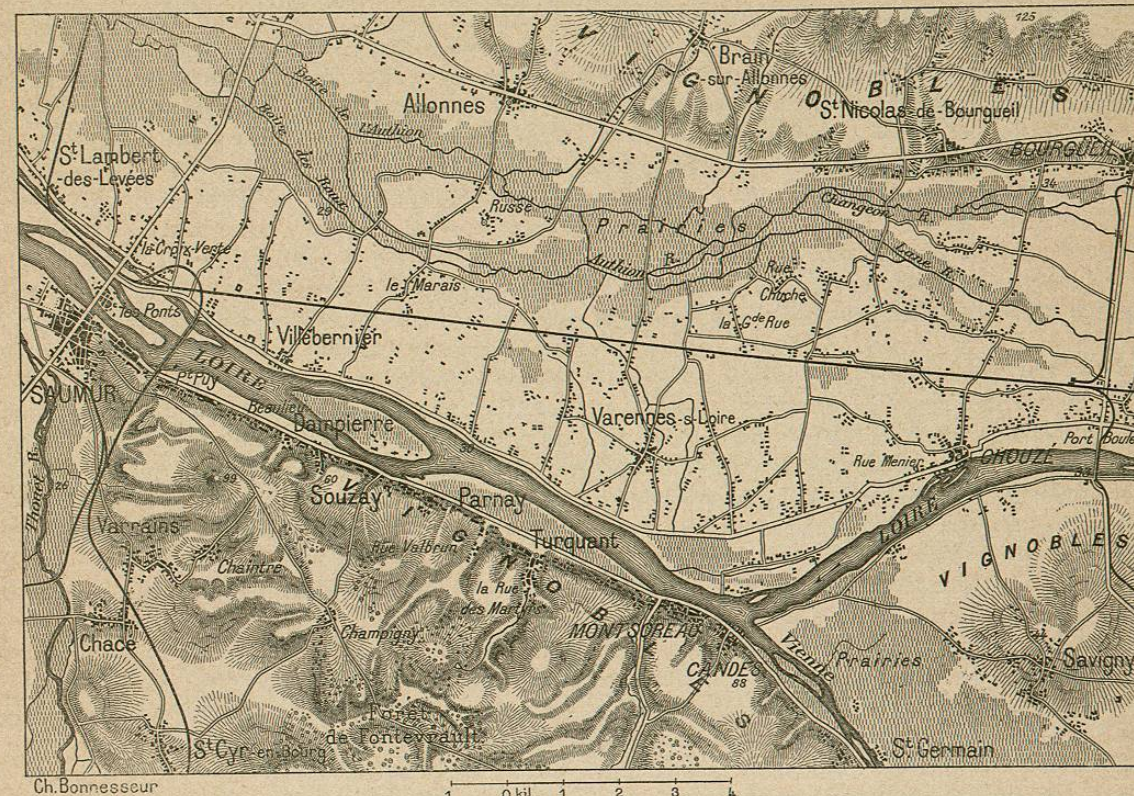
En estos contrastes está el secreto de la debilidad de la Turena. En efecto, entre estos risueños y populosos valles hay muchos intervalos pobres, casi vacíos; fáltales á esas mesetas la preciosa capa de limo que ha asegurado una incomparable superioridad económica á la región del Norte del Sena, entre el Marne y el Escalda. A pesar del encanto de los valles y de la ilusión que pueda producir la suntuosidad de los castillos nacidos del favor real ó de la moda más bien que de las condiciones locales, la fuerza de producción es menor que en esos países limosos del Norte de Francia, tan precoces en su abundancia agrícola y tan ricos por sus mesetas como por sus valles, y por ende superiores á las regiones del Sur lo mismo que á las del Este en la Cuenca parisiense. La Turena, tan seductora, es algo débil y no tiene las mismas facultades de desenvolvimiento; por esto nos quedamos sorprendidos cuando después de haber paseado la mirada por estos valles magníficos vemos la escasa densidad de población, la penuria relativa de ganado que revelan las cifras de conjunto. Estas causas de pobreza, sin embargo, están en parte atenuadas por las articulaciones que los ríos han recortado: las mesetas se estrechan, por lo menos al Sur, convirtiéndose en su extremidad en picos que se alargan en las fajas de alu-

(1) «Asentada sobre vieja piedra, arriba el bosque, abajo el Vienne.»

viones depositados por los ríos al aproximarse á ellas. Así se constituyó «esa buena comarca de Verón» como dice Rabelais, rincón hundido en el ángulo del Loira y del Vienne, comarca que durante mucho tiempo permaneció aislada en su riqueza como en su pobreza otras.

El aldeano de las mesetas presenta ya muchos de los rasgos del aldeano del Oeste, aislado en sus alquerías, que oculta bajo una apariencia bondadosa un espíritu

de la Cordillera primaria de Armórica, el valle, más ancho y más hondo, prodiga en mayor grado sus dones; el sinuoso Loir se dilata por el ameno valle que han cantado Ronsart y Racán, al paso que en las arenas que aparecen al Norte extiéndese desde Chateau-du-Loir hasta Perche una comarca cortada por setos y bosques. Abajo, la abundancia y la vida agradable; arriba, el comienzo de la existencia ruda y pobre de esas marcas del Oeste, formando una y otra un contraste sobre cuya



TIPOS DE POBLACIÓN DEL VALLE DE ANJOU

Burgos y aldeas antiguos se suceden sin interrupción en el talud de greda tobácea que orla la orilla izquierda del Loira entre vifendos. En el centro del valle, separados de una parte por el río y de otra por una zona de praderas, pantanos y brazos fluviales, se extienden los *Varennes*, comarca aparte cuya población se distribuye en casas ó *bouques*, unas veces diseminadas, otras alineadas en *calles* á lo largo de los caminos.

supersticioso y desconfiado. En las laderas de los valles, por el contrario, ha echado hondas raíces la vida urbana y sobre todo la lugareña, vida alegre de viñadores, orgullosos de su bienestar, exigentes en punto á alimentación y vestido y cuidadosos de su vivienda, al lado de los cuales las gentes de las Gatines y de las mesetas parecen pobres pelafustanes. Choca, sin embargo, la exigüidad de sus viviendas: la Turena es por excelencia el país de las casas pequeñas y en las habitaciones rurales la colocación del ganado, de los instrumentos y de los demás elementos agrícolas es rudimentaria, debido esto á que las herramientas necesarias para el cultivo delicado á que el hombre se dedica son en número reducido, siendo la principal de ellas los brazos del mismo viñador. De aquí la pequeñez de la casa; de aquí también aquellos cuerpos encorvados con los brazos nudosos como las mismas cepas que tienen costumbre de podar.

Este contraste entre las poblaciones de las mesetas y las de los valles se va acentuando hacia el Oeste: á medida que se deja sentir la influencia de la aproximación

realidad nos hacen meditar las luchas de la Revolución. En ninguna otra parte el valle del Loira es tan animado y alegre como en esta amplia abertura que limitan las colinas de Chinón, de Bourgeil y de Montsoreau: en esta tierra rabelaisiana, en donde se desarrolla entre Picrochole y Gargantúa una guerra menos abundante en golpes que en palabras, el ingenio es despierto y el lenguaje pintoresco. La abadía de Theleme es la única que conviene y que gusta á esos caracteres razonadores y emancipados para quienes muéstrase indulgente la naturaleza. Hasta Saumur y aun más allá la vertiente de chispeantes vinos mantiene la vivacidad y la alegría en el corazón de los habitantes del *Valle*.

La Turena, reunión de valles en el punto en donde la Cuenca parisiense confina con la Armórica y con la Aquitania, está situada en una de las grandes vías de circulación, más que el Berry, que se halla demasiado hundido en el interior, y aun más que el Maine y el Anjou que se extienden á lo largo de la Cordillera armoricana: esa gran vía es el camino del Sudoeste. Las vías

romanas convergieron desde muy antiguo hacia la confluencia del Cher y del Loira, en donde había, en su origen, uno de esos poblados que tanto gustaba á los galos establecer en las islas ó en las penínsulas fluviales, y al acceso directo que desde este punto se abre hacia el valle del Vienne y Poitiers debe Tours principalmente su fortuna. Basta atravesar el extremo adelgazado de la Champaña turenese y de Sainte-Maure para encontrarse, en la confluencia del Vienne y del Creuse, en una de las más encantadoras regiones de Francia, la comarca de Chatellerault, cuya vegetación y cuyas suaves colinas preparan una transición agradable hacia los empinados y áridos escarpes del Poitou calizo. Las arenas llamadas cenomanianas (1) asoman en su superficie como en la región del Maine cuyo suelo típico constituyen, y en este caso, como en el otro, manifiéstase su presencia por la amplitud de los valles. El Vienne se ha abierto en Chatellerault, en medio de estas capas friables, un valle que por las proporciones de su anchura se parece á los que el Huisne y el Sarthe se han cavado en las arenas de la misma naturaleza y de la misma edad.

Pero las vías que han adoptado el valle del Vienne continuado por el Clain, tienen una importancia más general que aquella otra á la cual han prestado sus valles los ríos del Maine y constituyen una puerta de pueblos en donde se ponen en contacto dos regiones de influencias á menudo contrarias y lentamente reconciliadas dentro de la unidad francesa, á saber: la Aquitania, vestíbulo del mundo ibérico, y la Francia del Norte, influida por su contacto permanente con el germanismo. Entre Poitiers y Tours encontramos una larga serie de nombres históricos, nombres populares de batallas ó de santuarios como el de Sainte-Catherine-de-Fierbois, en donde Juana de Arco hizo buscar la espada de Carlos Martel. El vocabulario geográfico de nuestro pueblo era antiguamente muy limitado y se componía de los nombres que repetían mercaderes y peregrinos; pero por su mismo número escaso incrustábanse mejor en la memoria de aquél las localidades cuyo recuerdo lograba retener y que eran los puntos brillantes en medio de la obscuridad que envolvía el mundo exterior. La leyenda laboraba sobre esta geografía popular materializando sus recuerdos en un objeto, en un edificio, y por dondequiera que penetraran los caminos penetraba también la fama del lugar consagrado, explicándose de esta suerte la popularidad de la leyenda de San Martín por el número y la frecuentación de los caminos que convergían hacia Tours. Dado este estado de los espíritus, no es extraño que numerosas peregrinaciones acudieran desde los puntos más lejanos para participar de los beneficios de la santidad del lugar: tal fué durante mucho tiempo la causa de la nombradía de Tours y de la basílica de San Martín, lugar augusto entre todos, cuya santidad se comunicaba á los pactos jurados ante su altar. Era, pues, una posesión envidiable de la del santuario venerado, y el que se hacía dueño de Tours y de los lugares famosos que excitaban las imaginaciones populares, se colocaba por este solo hecho en condiciones excepcionales. En Tours, como en Reims, como en Mont-Saint-Michel, en donde Felipe Augusto se apresuró tan hábilmente á

(1) Formación depositada al comienzo de los tiempos cretáceos.

imprimir el sello de la realeza francesa, residía uno de esos poderes de opinión que era fácil convertir en poder político. En la idea que evocaba entonces la frase «rey de Francia» entraban los recuerdos de lo que ofrecía de más sagrado el antiguo territorio de los Gules.

CAPÍTULO VIII

PARTE OCCIDENTAL DE LA CUENCA PARIENSE.—NORMANDÍA.

La Cuenca parisiense hállase bruscamente cortada al Oeste por el mar. Desde la Picardía hasta los esquistos del Cotentín se reemplazan sucesivamente en su superficie las formaciones cada vez más antiguas de que se compone, greda blanca, arcillas y arenas de la base de la greda, calizas jurásicas y margas del lias, que se dibujan con precisión en la topografía, cada una con su aspecto propio, y se denominan *País de Caux*, *Valle de Auge*, *Campaña de Caén* y *Bessin*. Pero el momento en que aparecen en la superficie es también el momento en que se ven interrumpidas por el mar. Esta rotura tiene algo de sorprendente en la meseta gredosa del país de Caux: los campos confinan con el filo de las costas bravas, y la mayoría de los valles terminan, suspendidos á mitad de altura, sin enlazarse con la playa que dominan desde una elevación de cincuenta metros y á veces más. Es evidente que cuando quedó definitivamente establecido el perfil de los valles, la costa estaba más apartada y que un accidente hizo desaparecer el enlace con el nivel de base (2).

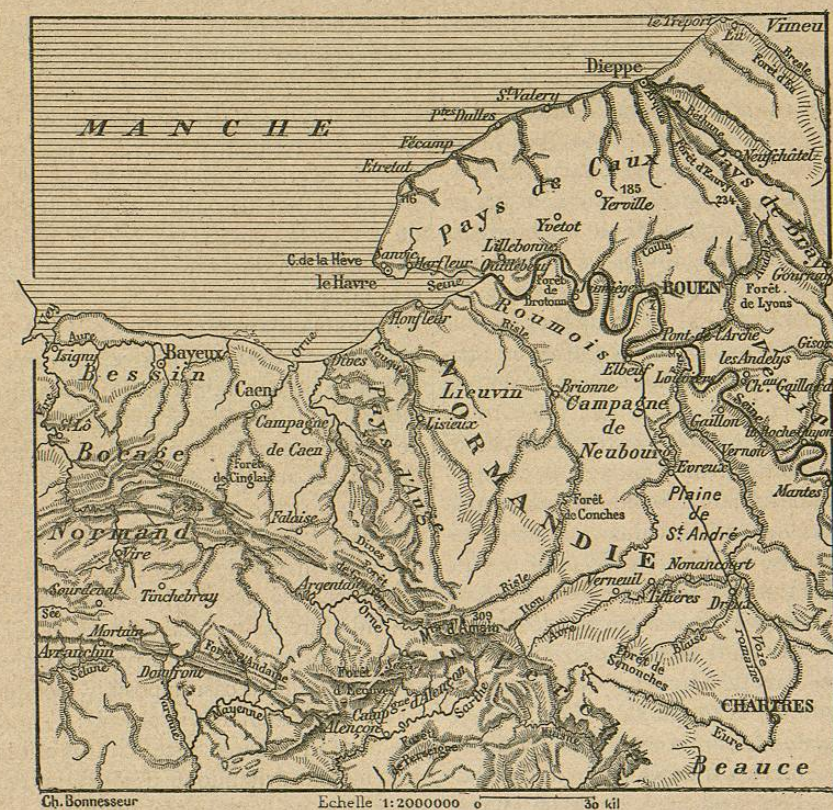
Otro carácter que no puede menos de llamar la atención y que ha sido fecundo en consecuencias geográficas es la profundidad de los principales valles: el Orne atraviesa la Campaña de Caén por entre ribazos relativamente elevados; el Touques ahonda su valle en las arcillas del País de Auge hasta poner de manifiesto el substracto jurásico; el Risle traza un surco profundo en las mesetas limosas del Lieuvin; y por último el Sena, en la parte inferior de su corriente, ha hundido considerablemente sus meandros entre ribazos que de una y otra parte se alzan hasta más de cien metros sobre el nivel de su valle. Esta energía de corrosión, incompatible con los débiles declives actuales, supone que hubo un tiempo en que estos ríos disponían de pendientes más fuertes para llegar al nivel de su base, es decir, al mar, de modo que no sólo la costa estaba más apartada, sino que las tierras eran más altas. Más adelante descendió el suelo, y entonces el mar, usurpando el dominio terrestre, invadió la parte inferior de los valles transformándolos en estuarios, comenzando así la fase actual y quedando señalados tal como hoy los vemos los lí-

(2) Coincidiendo con estos indicios se ha comprobado que á lo largo de la desembocadura del Sena las líneas batimétricas indicaban una prolongación submarina del valle. En las costas del Calvados, algunos turbales, actualmente sumergidos en el mar, atestiguan una mayor extensión de tierras en la época en que se formaron. Estos hechos nos inducen á señalar una fecha reciente á la línea actual del litoral normando. En una época en que el hombre ocupaba ya estas regiones, las tierras se prolongaban hacia el fondo de un golfo que ocupaba el eje mayor de la depresión de la Mancha, la cual se abría entre las alas elevadas de un sinclinal cuya continuidad todavía subsiste, puesto que hay correspondencia entre las capas de la orilla francesa y las de la orilla inglesa.

mites entre la tierra y el mar. Sin embargo, como si aún después de todas estas vicisitudes resultara poco segura esta estabilidad, el perfil del litoral continúa modificándose bajo la acción de las corrientes, y mientras las prominencias se suavizan, los estuarios tienden á cerrarse y la tierra con sus aluviones reivindica una parte del dominio perdido.

Este curso reciente de los fenómenos explica el estado actual. La Cuenca parisiense no termina en el Oeste, sino que está simplemente truncada: una parte de su territorio está sumergida, pero la parte descubierta con-

hecho normal, pues la Normandía, por su posición, es una meta. Su litoral, al revés del litoral picardo, mira al Norte y es para el mundo marítimo septentrional lo que nuestra Armórica con relación á la Bretaña insular, lo que fueron el Egipto y la Cirenaica para Grecia, en una palabra, lo que los antiguos periplos denominaban *la costa de enfrente*. Los navegantes sajones y escandinavos lo encontraban delante de ellos en sus expediciones al Sur, de la misma manera que hoy le encuentran en su ruta hacia América los vapores que vienen de las desembocaduras del Elba y del Weser. En tales



PARTE OCCIDENTAL DE LA CUENCA PARIENSE.—NORMANDÍA ORIENTAL

El límite entre la Normandía y el Reino seguía el Bresle, el Epte, dejaba el Mantois al Reino y alcanzaba el Avre en la confluencia del Eure. Ruán ocupa una posición central en este marco. Pero la Normandía se prolonga fuera de los límites de la Cuenca parisiense, en la Cordillera esquistosa del Oeste (véase el mapa de la pág. LXXVII).

serva con precisión intacta las variedades distintivas de las zonas que la componen, y cada una de estas zonas imprime sucesivamente en el paisaje, mucho mejor que en el Sur de la cuenca y casi tan claramente como en el Este, su fisonomía propia, de manera que en cada faja que corta la línea transversal de las costas aparece una comarca distinta. Estas divisiones naturales viven en el uso popular, han llamado desde hace mucho tiempo la atención de los observadores y coexisten con el nombre general é histórico de Normandía.

Si aquellos nombres de comarca expresan las particularidades del suelo, el de Normandía resulta de la unidad que la región debe á su posición general. No puede abordarse el estudio de esta región sin llamar ante todo la atención sobre el conflicto entre las fuerzas locales del suelo y las influencias procedentes del exterior, conflicto en el cual se resumen sus destinos históricos. Las influencias exteriores han sido poderosas y prolongadas y no constituyen un accidente, sino un

condiciones, las articulaciones de las playas adquieren gran valor: la más pequeña prominencia, la menor abertura en un litoral tan asaltado por corrientes de emigraciones y de aventuras, da asilo á un germen. El litoral del País de Caux, con sus abruptas costas bravas, es muy poco favorable á los establecimientos marítimos; sin embargo, de Dieppe á Fécamp se escalonan en la playa los nombres germánicos (1). Además, desde el Sena al Orne, numerosas desembocaduras fluviales, grandes y pequeñas, abrieron puertas de acceso; y finalmente, el Cotentín ayudó á esta obra con sus tentadores promontorios extremos, en donde expiran las influencias del interior.

No obstante todo esto, detrás de este litoral y en el litoral mismo reaccionaba en un sentido contrario la

(1) Dieppe (*diép*, *ajupa*, *deop* = fondos). Las Dales (*Dal-r*). Fécamp (*fískr* = pesquería). *Sanvic* (*sand vik* = caleta de arena), etc. (Joret, *Des caractères et de l'extension du patois normand*, París, 1883, pág. 35.)

fuerza antigua y acumulada de las influencias interiores. Allí subsistía toda una vieja y rica civilización fundada en la tierra, y esta fuerza del suelo era una garantía de resistencia y de duración para la lengua, las tradiciones y las razas antiguas.

El nombre de *Alta Normandía* surge espontáneamente de nuestra inteligencia cuando hacia Yvetot ó Yerville abarcamos el horizonte que á nuestro alrededor se extiende y que nos ofrece hasta donde la vista alcanza una serie de anchas ondulaciones cuyo acceso se ha logrado penosamente. Lo mismo viniendo de Ruán, que del Vexin, ó del País de Bray ó de la playa, es preciso ir subiendo á lo largo de estrechos valles cubiertos de hayas y atravesar restos de bosques, hoy de reducida superficie, pero que en otro tiempo llenaban todos aquellos alrededores, pasados los cuales los ojos se posan sobre una comarca despejada que ninguna línea de relieve limita en el horizonte. Entre los campos de trigo cuyas ondulaciones contribuyen todavía á amortiguar los ligeros accidentes del suelo, dibújense aquí y allá algunas fajas oscuras, hileras de árboles detrás de las cuales se ocultan las granjas ó al través de las cuales se dispersan las casas de las aldeas. Estas líneas, esfumadas entre las brumas, forman planos sucesivos, lo que produce una impresión á la vez de anchura y de altitud; y en efecto, el nivel general se mantiene elevado, puesto que de 200 metros que tiene en la cima de la convexidad de la meseta no desciende á menos de 100 metros al borde de las costas bravas. Este baluarte de greda cubierto de limo proyectase sin interrupción entre el valle bajo del Sena al Sur y la depresión verdecente del Bray al Norte, como un testimonio de resistencia á los hundimientos que han afectado al resto del litoral normando.

Y sin embargo, el País de Caux no es Normandía más que para la historia y la geografía política; porque es ante todo, y los naturales lo saben, un país distinto. El limo, depositado en gruesas capas sobre la convexidad de la meseta, ha favorecido en ésta desde tiempo inmemorial la vida agrícola, y aunque esta potencia disminuye hacia la periferia, ha sido posible, gracias al margaje, es decir, trayendo á la superficie la greda subyacente, mejorar la arcilla silicosa y extender los cultivos á costa de los bosques. Hasta nuestros días, toda la historia del País de Caux va unida á estas sucesivas adquisiciones: así se multiplicaron las granjas rodeadas de huertos ó casuchas desde donde el granjero vigila su ganado, y de fosos ó terraplenes plantados de hayas; así pulularon, hasta cubrir á veces una extensión de muchos kilómetros, esas aldeas cuyas calles son bosquecillos y cuyas casas surgen diseminadas entre manzanos. El agua escasea, pero la arcilla próxima á la superficie permite la permanencia de balsas, gracias á lo cual pudo la población extenderse con más libertad que en Picardía. La riqueza agrícola, ayudada por la industria doméstica del tejido, había concentrado en aquellos llanos y en aquellos campos una población numerosa que en la actualidad se disgrega en provecho de los valles; allí sólo el natural de Caux se siente en su elemento, pues además de los restos del sistema de vida tradicional encuentra el modo de hablar, el *patois*, tan grato á sus oídos. En los valles, en cambio, sientese como en tierra extranjera.

Los valles no pueden ser muy numerosos en esta comarca permeable. En la convexidad del País de Caux puede recorrerse un espacio de treinta kilómetros sin encontrar uno solo, y hasta llegar al nivel en que las aguas filtradas en la greda blanca se combinan en corrientes bastante fuertes para alcanzar la base margosa sobre que aquélla descansa, no hay valles ni ríos. Pero al contacto del nivel de las fuentes surge el río abundante y límpido y desde su nacimiento señalan su aparición alguna antigua abadía, un castillo, molinos y en la actualidad grupos de fábricas. Estos ríos, por su pureza y por la rapidez que la pendiente les imprime, son una tentación para la industria, la cual ha transformado completamente aquellos valles, como puede verse por las calles de establecimientos fabriles que escalan la meseta á lo largo del *pico* de Cailly, del Robec, y del río de Sainte-Austreberte. Pero esta transformación no data de ayer: la Normandía ha llegado á ser industrial por sus valles, los cuales se insinúan entre las laderas de la meseta como venas por las cuales penetra y circula una vida diferente, vida que se extingue en la meseta misma.

Este dualismo se manifiesta de una manera muy pronunciada en toda la comarca. Los ríos cauxenses sólo disponen de una veintena de kilómetros para salvar la diferencia de nivel entre su fuente y su desembocadura, de modo que no tardan en excavar profundamente la meseta. La arcilla silicosa, puesta al descubierto en las laderas, aparece entonces con sus rocallas rojas que apenas logra tapizar, gracias á los escombros, una vegetación de matorrales. Un cinturón de sotos y de bosques rebelde á todo cultivo interrumpe, pues, la continuidad entre las mesetas limosas de arriba y los verdecentes fondos de abajo. En estas abruptas vertientes el acarreo es difícil, casi imposible, siendo preciso remontar hasta el nacimiento del valle; de aquí que los caminos tiendan á mantenerse, en lo posible, en el cuerpo de la meseta, evitando las escotaduras de la periferia. En las laderas no hay ni nivel de fuente ni inflexión de relieve que pueda facilitar el establecimiento de aldeas á mitad de la colina, de suerte que entre los valles y las mesetas reina una soledad casi absoluta: abajo, la industria ó, á orillas del mar, algún establecimiento de vida marítima; arriba, las *ville* ó *ciudades*, es decir, los establecimientos rurales á cuyo alrededor se perpetuó la vida agrícola. Si en el análisis de estos contrastes nos remontamos al pasado, reconoceremos en las hendeduras de los valles y en los intersticios de la playa las vías por las cuales se introdujeron los elementos extranjeros, renovadores á quienes debe su nombre la Normandía. Pero también nos damos cuenta de las causas que han sido un obstáculo para la completa transformación étnica de la región: la existencia de una meseta compacta en la que arraigó una población profundamente agrícola y bastante densa para llevar y conservar un nombre de pueblo, ha contribuido ciertamente á la conservación del pasado.

Pero inmediatamente al pie de la meseta gredosa el Sena ha abierto su valle y multiplicado sus meandros, hasta que poco á poco, entre sus laderas apartadas que se pierden en oscuras líneas, se introduce un ancho estuario marítimo.

El Sena comienza á tomar su fisonomía normanda

casi á la salida del circo parisiense. Poco después de Melán las blancas rocas de la greda empiezan á asomar en la base de las colinas, y más allá de Mantes el paisaje ha variado ya por completo: á las colinas de zonas de vegetación escalonadas que caracterizan la topografía parisiense suceden verdaderos *downs*, cumbres semipeladas ó cubiertas de mezquino césped, rocas de composición homogénea que la erosión modeló en hemiciclos de regularidad casi geométrica, y el valle que estos *downs* limitan está más profundamente cavado en la masa. En Vernón, esas colinas de greda, llenas de canteras y coronadas de bosques, adquieren cierta amplitud, y de las vertientes de la roca, perforadas en otro tiempo por viviendas trogloditas, salen los materiales de construcción desde hace mucho tiempo utilizados por el hombre. El Sena, que en una de esas sinuosas curvas acaba de rozar la base de la Roche-Guyón, va á bañar en un nuevo gran circo las ruinas de Chateau-Gaillard. Y sin embargo, todavía no ha penetrado más que á medias en el grandioso estribo que ha de atravesar, de modo que á las áridas cumbres de la orilla derecha se opone en la margen opuesta, hacia Gaillón, una comarca de colinas cubiertas de verdura; sólo cuando el Eure, después de haber seguido paralelamente esta larga cumbre, desemboca en la llanura de aluviones que la junta con el Sena, reaparecen en ambas laderas del valle los rayos característicos del paisaje gredoso. Una colina, vigorosamente recortada en tableros geométricos y cuya silueta permanece obstinadamente grabada en la memoria, domina la confluencia del Andelle; y á partir de este punto las costas bravas se nos aparecen más altas y más regulares y en las inmediaciones de Ruán se alcanzan á 145 metros encima del valle. Hasta donde la vista alcanza en la otra orilla, una línea uniforme de bosques señala la base de la meseta del Roumois que corresponde, al Sur, á la de Caux. Mientras Ruán se oprime al pie de su costa brava, una pendiente suave termina el espolón gredoso que se proyecta en la concavidad de la lazada fluvial. Desde entonces quedan fijados definitivamente los caracteres del paisaje y el Sena acaba su curso, casi hasta el extremo de su desembocadura, al través de la masa gredosa sobrealzada. Aunque desde Pont-de-l'Arche siente los primeros estremecimientos de la marea, muéstrase el Sena perezoso en modificar su fisonomía; poco á poco, sin embargo, los espolones que penetraban en la concavidad de las curvas se amortiguan; el río, ayudado por la fuerza de las mareas, ha logrado desgastarlos, mostrando en su lugar anchas capas de gravas y de aluviones, en los cuales ora se han conservado algunos bosques, ora el suelo, tempranamente cuidado, se ha cubierto de risueños cultivos. En medio de huertos se alcanzan, en una de esas penínsulas aplanadas, los esbeltos arcos de Jumieges, y aun en Quillebeuf, cuando la naturaleza del río se trueca resueltamente en naturaleza de estuario marino, termina el Sena entre verdecentes colinas; en el aspecto siempre elegante del paisaje en donde el río expira, nada recuerda la grandiosidad impregnada de tristeza de las prosaicas desembocaduras del Escalda, del Mosa y del Támesis.

Exteriormente todo respira regularidad y armonía, y apenas si en la superficie una disimetría pasajera de las orillas ó la súbita prominencia de alguna colina de greda pueden servir de indicio para formarse idea de

los accidentes que han afectado á la región. Y sin embargo, éstos han sido numerosos y frecuentes; en efecto, por los trabajos de los geólogos sabemos que el curso inferior del Sena ha sido guiado por una serie de dislocaciones y de fallas que han facilitado la erosión fluvial al través del extremo meridional de la meseta gredosa y cuya prolongación existe sin duda bajo las aguas de la Mancha.

De ello ha resultado esa bahía que con el valle á ella anejo es una puerta abierta hacia el interior de Francia, que permitía la formación de una combinación extranjera, de una Normandía. El abrigo de las penínsulas fluviales ofrecía una presa múltiple á invasores ó á colonos, quienes podían hacerse fuertes en ellas, penetrar desde allí en los pequeños estuarios laterales, apoderar-



VALLE DEL PAÍS DE CAUX

Los establecimientos humanos de las mesetas limosas y de los fondos de valle están separados por pendientes rápidas cubiertas de bosques.

se de los valles que terminan en el río y remontar la corriente de éste. Y en realidad abundan en los nombres de lugares las desinencias escandinavas (*fleur, bec, dal*).

Pero, por otra parte, desde que existieron en la Galia relaciones generales, este valle había desempeñado el papel de activo mercado comercial. Estrabón señala la desembocadura comprendida entre el Lieuvín y el país de Caux como centro principal de las relaciones con la isla de Bretaña: allí brillaron muy pronto ciudades como Lillebonne, Harfleur y Ruán, la última de las cuales no tardó en adquirir la preponderancia sobre las demás, por su privilegiada situación en el punto extremo en donde todavía es fácil atravesar el río y en donde eran cómodas las relaciones entre las comarcas situadas al Norte y al Sur del Sena.

Si Ruán tuviera al Norte la misma facilidad de relaciones que tiene con la región situada al Sur del río, su posición sería semejante á la de Londres; pero el país á que da inmediatamente acceso por el Norte es una especie de península cortada por valles profundos y transversales, y más allá la Picardía y la Flandes miran más bien que hacia Ruán hacia París ó Reims. Por el contrario, en la orilla izquierda del Sena, basta atravesar la faja de bosques que existe en la lazada fluvial para encontrar extensas mesetas, en gran parte limosas, que descansan, como la de Caux, sobre una base gredosa. Un romano vería todavía allí las vastas superficies agrícolas y los campos de trigo que en otro tiempo impresionaron sus ojos y las direcciones de los caminos por él recorridos: tal es la vía que partiendo de Ruán se dirige por la meseta del Roumois hacia Brionne (1), antiguo y tradicional paso del Risle, desde donde es fácil llegar hasta Lisieux ó Evreux, en las despejadas mesetas que nuevamente aparecen. Entre Brionne y Evreux

(1) Un vado, como lo indica su nombre (*Brivodurum*).